

2

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

FERRAN
RAMON-
CORTÉS



ó

DESAHOGARSE

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2020 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

No esperé más que unas horas en volver al faro. El episodio del día anterior había sido balsámico para mí. Tras meditarlo esa noche, había hablado con Laia por la mañana. Para decirle que estaba con ella. Con mis dudas y mis miedos, pero que confiaba en ella. Ella, encantada de oír aquel mensaje y al mismo tiempo extrañada me dijo:

- Creo que te sienta bien la Isla...

Todavía no le había hablado del Farero, pero era él el que me “sentaba bien”. Así que estaba decidido a sacar más partido de su sabiduría. Me planté de nuevo ante el muro de piedra, lo salté (con alguna dificultad pues llevaba una bolsa colgando), y me dirigí directamente a la entrada. Me esperaba en la puerta.

- Tienes por costumbre reiterar en los delitos...
- Es que no sabría entrar de otra forma. El candado de la *tanca* parece sólido, y no hay timbre para avisar.
- Pasa, intuyo que lo que llevas en la bolsa me va a interesar...
- Eso espero. Será mi soborno.

Nos instalamos de nuevo en la sala principal y saqué mi arsenal: crespells, pastisssets (unos dulces típicos menorquines), un termo de café espresso, de cafetería, y una botella nueva de Gin Xoriguer. No sería para el desayuno, pero entendía que se la debía.

- E intuyo que tu visita no es solo de cortesía...

No podía luchar contra la evidencia; cuando yo iba, él estaba ya de vuelta. Sin demorar la situación le conté:

- Verás, el proyecto de Laia no ha sido mi único problema estos días. Necesito contarte otra historia.
- Tienes el tiempo que duren los pastisssets.



- Pues no voy a andarme por las ramas. Te cuento: somos tres amigos íntimos, Quim, Ignasi y yo. Nos conocimos aquí, en Menorca, porque nuestras respectivas familias veraneaban juntas. Silvia, la mujer de Quim no me traga, y hace ya unos meses que la situación es insostenible, me busca cada vez que nos vemos todos, y le falta tiempo para criticar todo lo que sea iniciativa mía. Si digo, porque digo. Si no digo, porque me lo callo. Justo antes de venir fui a tomar una cerveza con Ignasi, y me desahugué con él. Le dije que no podía aguantar más los comentarios de Silvia, y estuve un buen rato contándole mis historias. El problema es que al día siguiente, va Ignasi y habla con Quim. Con la mejor de las intenciones, estoy seguro, pero va y le cuenta lo que le había contado de Silvia.



El Farero escuchaba con atención, solo interrumpida para tomar un nuevo pastisset. Yo continué:

- He escrito un WhatsApp a Quim, pero ni me ha respondido. Y en el fondo lo entiendo. He metido la pata. Como siempre he hablado de más.
- O quizás no, lo que seguro es que no lo has hecho con la persona acertada.

Me quedé sorprendido: precisamente había buscado a una persona de mi máxima confianza, un amigo íntimo. ¿No era la persona acertada? No esperaba esa respuesta. Él lo intuyó y enseguida y me propuso:

- Acompáñame al primer piso. A la sala de máquinas.

El faro tenía en su torre un primer piso, que albergaba el motor que hacía girar el pesado grupo óptico del faro. Era una sala pequeña, con dos ventanas una orientada al norte y otra orientada al sur. La sala estaba cargada, falta de ventilación. Era hasta cierto punto agobiante.

- Abre una ventana, estaremos más a gusto.
- ¿Cuál quieres que abra?

- Tu eliges. Es parte del juego.

Sin entender nada, me dirigí por puro azar a la ventana del norte. La abrí. Inmediatamente una violenta corriente de aire entró. La puerta de la estancia se cerró con un fuerte golpe. Los porticones de la ventana golpearon con estrépito el marco. El aire nos desestabilizó; entonces lo recordé: soplaba ya desde el día antes una fuerte tramontana: viento del norte. La cerré de inmediato -no sin esfuerzo- antes de decirle:

- Creo que no era precisamente la que tocaba abrir.
- Prueba con la otra, a ver qué sucede.

Abrí la ventana del sur, y una suave corriente se coló en la estancia. Nos daba oxígeno, sin causar estragos. La sensación fue absolutamente reconfortante.

- Ya podemos bajar -dijo el farero- ya has aprendido a ventilar...

Empezábamos como el día antes. Un juego. Que se suponía que tenía que descifrar. Solo que esta vez no iba a ser sencillo... Pasaron unos largos minutos. Solo un huérfano pastisset quedaba en el plato. Tiré la toalla y me entregué:

- Amigo, esta vez vas a tener que contármelo.
- Pau, desahogarse es bueno, muy bueno. Si piensas en la propia palabra, significa “dejar de ahogarse”. Las cosas que nos quedamos dentro nos ahogan. Por eso es bueno que lo hayas hecho, que te hayas desahogado. El problema es que para darte oxígeno has abierto -como en la sala de máquinas- la ventana equivocada. No te has desahogado con la persona correcta.

Empezaba a construir algo en mi cabeza pero necesitaba más concreción. El Farero me la dio sin dilación:

- Hay una regla sagrada para desahogarse: no hacerlo con alguien que está emocionalmente implicado en el asunto. Porque lo que le cuentes le va a remover, y o se quedará tocado, o sentirá -



como Ignasi- la necesidad de hacer algo al respecto. Ignasi es amigo tuyo, como lo es de Quim. Tu desahogo no es neutro para él...

- Pero tengo que hacerlo con alguien en quien confíe, no lo voy a hacer con el primero que pase.
- Sí, es cierto. Lo has de hacer con alguien en quien confíes, pero también que no esté emocionalmente involucrado en el problema. Si tienes un problema con un amigo, cuéntaselo a alguien en quien confíes... del trabajo, por ejemplo. Y si tienes un problema en el trabajo, cuéntaselo a alguien en quien confíes... de tu grupo de amigos. Si sopla Tramuntana, ventila abriendo la ventana del sur. Si sopla sur, abre la ventana de Tramuntana.



La metáfora era clara, y la explicación tenía todo el sentido del mundo. Yo estaba obsesionado por haber hablado de más, y me inquietaba porque a menudo necesito hablar de mis problemas. Ahora entendía que podía hacerlo, que era sano hacerlo, pero que tenía que elegir a la persona adecuada. No quedaba ni rastro del desayuno; el Farero se había cobrado sus consejos. Salimos, y protegidos de la Tramuntana por la torre del faro, fuimos hasta mi moto. Le agradecí la inspiradora charla, y él me agradeció el desayuno. Todavía se permitió un comentario final:

- Pau, además de abrir la ventana adecuada, de escoger la persona adecuada avísala de que ventilas, de que te estás desahogando. Es la manera de no preocuparla. Y no elijas siempre a la misma persona. Puede que acabe huyendo de ti cada vez te vea...
- ¡Espero que no sea tu caso!

El Farero no dijo nada. Como única respuesta me dio una llave algo oxidada:

- Guárdala. Es del candado de la entrada.



WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2020 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ